

gre en la persona del príncipe, y vuelto á Tezcoco, convidó á su hermano, designándole el día en que lo esperaba ed su palacio para celebrar la buena suerte con que habia escapado de la red que Maxtla le tendió en su palacio. Nezahualcoyotl disimuló haber conocido la asechanza de su hermano y ofreció ir el día señalado; pero consultando antes con sus partidarios, todos fueron de parecer no se presentara en aquel peligro, de que difícilmente escaparia. Uno de aquellos señores, conocia en el pueblo de Ahuatepec, un hombre muy semejante al príncipe, así en las facciones como en la voz, y debiendo ser de noche el banquete, fácil seria lo confundieran, principalmente yendo vestido con sus mismos trages. La dificultad estribaba en que aquel hombre, quisiera hacer el sacrificio de su vida, para guardar la de una persona que tanto interesaba á la salvacion de todos aquellos pueblos; mas habiéndole ido á presentar la propuesta, la admitió sin dificultad, con la heroica abnegacion de que no son raros los ejemplos en la historia de aquellas naciones: se llegó el día que habia fijado Tlilmatzin y concurrió el labrador de Ahuatepec, vestido con las ropas que generalmente usaba el príncipe, habiéndolo instruido antes, de las acciones, palabras y conducta que debia observar. Este hombre notable, desempeñó tan bien su papel, que los concurrentes lo tomaron por el mismo príncipe, y el capitán Xochicalatl, cumplió con él la orden que llevaba, cortándole la cabeza con un golpe de su macana, y lleno de satisfaccion la llevó á presentar al sanguinario Maxtla.

Este que sabia el grande afecto que se habia granjeado el príncipe entre mexicanos y Tlaltelolques, mandó al ministro de su crueldad, que pasando á las dos ciudades, enseñara la cabeza al senado mexicano y los señores de Tlaltelolco, para que viéndose ya sin [aquel apoyo, desistieran de los conatos de rebelion que ya em-

pezaban á traslucirse. Xochicalcatl fué á México y entrando con Izcouatl hermano del difunto rey Chimalpopoca y al mismo tiempo general de las armas mexicanas, lo halló hablando con Nezahualcoyotl: grande fué el asombro que esto causó al capitán tecpaneca, quien al fin instado por el gefe mexicano, expuso el objeto que lo llevaba, confesando su confusion, al encontrar vivo al príncipe cuya cabeza [creia él llevar cubierta con sus mantas. «No tengo otra respuesta que darte, dijo Izcouatl, sino que digas al emperador lo que has visto y que Nezahualcoyotl vive, bueno y sano.» Este añadió sonriendo: «tambien le dirás de mi parte, que vivo y estoy bien enterado de sus traiciones; pero que tenga bien advertido, que no podrá lograr su intento, porque soy inmortal y pronto le haré conocer la fuerza de mi brazo.» [3.]

CAPITULO XXVII.

Sigue la persecucion de Nezahualcoyotl; y éste parte para Huexutzinco y Tlaxcalan.

Cuando el brutal [Maxtlaton quedó impuesto del engaño en que habia caido al suponer muerto á Nezahualcoyotl y que éste, vivo se habia presentado al palacio de Izcouatl donde habló con el capitán Xochicalcatl, se irritó sobremanera porque se hubiera burlado su criminal intento, y porque ya éste se hubiera manifestado de una manera tan inequívoca, antes de asegurarse con la muerte del príncipe, de las tentativas con que sus pueblos

(3.) Veytia tom. 3.º cap. 44 y 45. Torq. lib. 2.º cap. 29.

quisieran sacudir el yugo de su pesada tiranía. Al momento dió orden al mismo Xochicalcatl, para que asociado con otros tres capitanes de su confianza y la fuerza que creyera necesaria, persiguiera abiertamente al príncipe, hasta darle muerte, sin miramiento ya del auxilio que podían prestarle algunos pueblos.

Nezahualcoyotl, despues de conferenciar con Izcohuatl, sobre el modo de recobrar el trono y librar á la nacion de la cruel tiranía de Maxtla, volvió á Tezcoco, para ponerse en estrecha comunicacion con muchos señores de su partido, por medio de Mensajeros fieles. Segun la costumbre que tenia cuando llegaba á los pueblos, de ocuparse en cualquiera cosa que revelase su desapego al trono, para estar mas á cubierto de molestas pesquisas y disfrutar de mas confianza en sus negociaciones: cuando llegó en esta vez á Tezcoco, se ocupó en jugar á la pelota con uno de sus criados llamado *Ocelotl*. Poco tiempo despues llegaron los señores de Cohuatepec, Coatlchan y Huexotla, porque advertido el primero por un hombre de su pueblo, de la orden que habia dado el usurpador; dió luego aviso á los otros dos que ya habian entrado en el partido del príncipe; y los tres, con la tropa que pudieron, fueron á Tezcoco para defender á su soberano y declarar ya la guerra al tirano si era necesario.

Al llegar á la ciudad ocultaron la gente hasta el momento oportuno; y ellos se dirigieron al palacio del príncipe, manifestando el deseo que tenian de jugar con él á la pelota, por ser su diversion favorita. Estando ya con él y muchos señores de la ciudad fieles á la misma causa, manifestaron cual era la resolucion de Maxtla y el objeto que á ellos los llevaba, siendo ya tiempo de sacudir el yugo tan duro, para lo cual estaban auxiliados por los señores de Huexutzinco y Tlaxcallan, segun el ofrecimiento que le habian hecho al príncipe, debiéndose es-

perar que los mexicanos y tlaltelolques así como los demas pueblos, ocurririan luego á engrosar sus filas, cansadas con tan pesada tiranía.

El príncipe Nezahualcoyotl, llevado de su ardiente espíritu, fácilmente adoptó una medida tan conforme á sus deseos; pero su hermano natural Quauhtlemantzin, hombre de juicio y de madura reflexion, y ademas, famoso capitán bien experimentado en la guerra, se opuso á esta determinacion, que por precipitada y prematura, deberia fracasar con perjuicio de la vida de su hermano y la ruina de todos los pueblos. Creyó que la fuerza llevada por Tomihuatzin señor de Cohuatepec y sus compañeros, con la poca que entre sus adictos podían levantar allí mismo, era insuficiente para semejante resolucion, supuesta la mayoría con que Maxtla contaba por estar en el poder y tener ya muchos preparativos, desde que conoció la disposicion de muchos pueblos, para decidirse en favor del príncipe como legítimo soberano: que aunque era cierto, haber muchos señores adictos en secreto á su causa y resueltos á prestar las fuerzas de sus estados, aun no estaban advertidos y en el momento necesario podrian excusarse de cumplir sus promesas, por falta de prevencion ó por temor que les inspirara el atraerse ya el furor del tirano; y que con los mexicanos y tlaltelolques no se podia contar de un modo seguro, cuando habian presenciado impacibles la muerte de sus reyes por el temor de Maxtla. Que en su concepto, para evitar consecuencias perjudiciales á la resolucion que se trataba de adoptar, su hermano debia huir el cuerpo al peligro que próximamente se anunciaba, no contando de un modo tan seguro, la coalicion de las fuerzas con que debia contar para derrocar la tiranía y recobrar su trono.

Eran de un fundamento tan incuestionable las razones que espuso Quauhtlemanitzin, que nadie se atrevió á replicarlas; pero mientras se acordaba lo necesario para

la fuga del príncipe, un criado avisó estar allí los oficiales tecpanecas en busca de Nezahualcoyotl. Este salió á recibirlos en compañía de todo su cortejo de señores y muchos criados, presentándoles segun la costumbre, ramos de flores y unos carrizos llenos de pastas olorosas, que encendidos por un extremo despedían humo de un aroma suave y agradable. Aquel afable recibimiento hizo suponer á los comisionados tecpanecas, que el príncipe no sospechaba que se le quería sacrificar á los caprichos de Maxtlaton; pero temiendo al mismo tiempo al numeroso acompañamiento con que se presentaba su designada víctima, pretendieron hablar con él á solas, para tratar un negocio grave de parte de su señor. Nezahualcoyotl disimuló y con crecidas muestras de caballerosidad, manifestó su conformidad; mas no queriendo apartarse de las reglas de la hospitalidad, no consentía tratar negocio alguno, antes de que se les sirviera la comida. Ellos por la imposibilidad de ejecutar las criminales órdenes en presencia de todos aquellos señores, aceptaron el ofrecimiento del príncipe, esperando un momento favorable para matarlo.

Fueron pues introducidos los tecpanecas en una sala donde se les sirvió la comida, y el príncipe para acompañarlos, se sentó en la silla llamada *tlatocacipalli* ó silla de los reyes, la cual estaba en la cabecera de la sala inmediata y á la vista de los que comían: y mientras se sirvió la comida á los oficiales, un criado echó zahumerio en los braseros de que era costumbre acompañar las mesas de los huéspedes, y á favor de la densa nube que formó el humo oscureciendo la pieza, salió el príncipe de la sala y tambien del palacio por puertas escusadas, dejando aviso á todos sus adictos, de esperarlos en su palacio del bosque de Tecutzinco. Cuando se disipó el humo y que advirtieron los oficiales no estar ya el príncipe en su asiento, entraron á buscarlo inútilmente por todo

el palacio; pero no hallándolo en él, dieron orden que se buscara por todas las casas de sus adictos. Nezahualcoyotl, al ir por la calle, observó una tropa que los capitanes habian dejado en las primeras casas de la ciudad y para ocultarse de ella, entró á la casa de un señor llamado Tozmantzin, la cual fué pronto invadida por los tecpanecas; pero la esposa de aquel señor llamada Matlalcihua, ocultó al príncipe en una pieza interior cubriéndolo con el hilo de maguey de que fabricaban las mantas llamadas *nequen* y hoy de ixtle ó jarcia.

Pasado este primer peligro, salió el príncipe de la ciudad, donde se volvió á encontrar con una partida de sus enemigos: se dirigió á unos labradores que andaban cegando chia, quienes advertidos de su peligro, lo hicieron poner en el suelo y lo cubrieron con los mismos manojos que cegaban, de modo que cuando llegaron sus persecutores, no lo vieron; y preguntando á los cegadores si habia pasado por allí Nezahualcoyotl, una muger contestó que sí, yendo por el camino de Huexotla, pero que segun la velocidad con que iba, necesitaban andar muy aprisa para alcanzarlo. Esta feliz ocurrencia de aquella rústica muger, hizo retirar violentamente el peligro, y el príncipe continuó su camino, ofreciendo á sus libertadores, darles grandes recompensas, cuando el Dios Creador le concediera recobrar su trono.

Los comisionados de Maxtla, despues de vanas diligencias para ejecutar la orden de dar muerte á Nezahualcoyotl, volvieron para Azcapozalco á dar cuenta al tirano, que dió enfurecido una disposicion, declarando traidor al que prestase auxilio al príncipe perseguido y ofreciendo grandes recompensas al que lo entregase, lo cual estimuló á muchos á entrar en aquella persecucion que injustamente se movió al heróico jóven á quien salvó; aquella infinita Providencia que gobierna todo el

orbe y que él reconocía y adoraba en el fondo de su corazón.

El príncipe sin otro contratiempo después de la aventura en el campo de los cegadores, llegó al bosque de Tecutzinco, donde se le unieron, su hermano Quauhtlemanitzin, Huitzilihuit caballero Tezucano de sus más afectos y otros muchos señores interesados en su causa: allí se acordó lo que cada uno debía hacer para preparar fuerzas y disponer el ánimo de las poblaciones, mientras el príncipe volvía con el auxilio de Huexutzinco y Tlaxcallan, partiendo cada uno para el desempeño de su comisión. En esta vez pasó un acontecimiento, que Veytia refiere estar representado en los mapas que sirvieron para escribir sus historias, á D. Fernando Alva Ixtlixochitl, D. Alfonso Axayacatl y otros dos anónimos que tratan con minuciosidad de la historia del imperio chichimeca. Es el caso, que habiendo vuelto Huitzilihuitzin á Tezcoco para cumplir los encargos de Nezahualcoyotl, fué preso y llevado á presencia de Tlimantzin, quien le mandó dar tormento para que descubriera al príncipe; y no habiendo conseguido revelación alguna, dispuso el gobernador quitarle la vida sacrificándolo en el templo del dios Camaxtle. Mas teniéndolo ya en lo alto del templo donde tenían lugar los sacrificios, se levantó un fuertísimo huracán que arrancaba los árboles y levantaba los techos de las casas: este torbellino arrebató á Huitzilihuit de manos de sus verdugos, llevándolo hasta un lugar donde fué encontrado por dos personas de su familia, quienes lo atendieron para restablecerlo del maltrato que había tenido y sustraerlo al furor de sus enemigos. Cuando este suceso llegó á noticia de Nezahualcoyotl, exclamó lleno de regocijo. «El cielo está de mi parte y el Dios Creador favorece mi causa.» (1)

(1) Veytia hist. antig. tom. 3^o cap. 48.

El príncipe salió del bosque de Tecutzinco, acompañado de algunos criados, que dispersos en varias direcciones, iban explorando el campo para no caer en manos de los enemigos: y todos los vecinos de los lugares inmediatos, que sabían que allí iba el príncipe, salían á ofrecerle sus servicios, presentarle sus regalos y protestarle su obediencia y fidelidad, de suerte, dice Clavijero, que más parecía un rey viajando con su corte, que un príncipe fugitivo. (2) No dejaban de presentarse algunos riesgos, pero el espíritu vivo y resuelto del príncipe, la fidelidad y cariño con que lo veían todos los pueblos y sobre todo, la providencia que velaba sobre él incesantemente, lo sacaban siempre libre de aquellos peligros, casi á presencia de sus encarnizados perseguidores.

Al llegar á Tecpan, encontró unos embajadores de la ciudad de Chellolan, para ofrecerle la ciudad como refugio y manifestarle que las fuerzas todas de aquella provincia estaban armadas y prontas para ayudarle. Nezahualcoyotl contestó con los más vivos sentimientos de gratitud; pero se excusó de pasar á la ciudad, hasta no regresar de Huexutzinco y Tlaxcallan con las fuerzas de ambos territorios, para venir luego uniendo las de los demás pueblos que le estaban fieles.

Siguió su camino, pero como sabía ya que en las ciudades por donde iba á pasar andaban muchos tecpanecas disfrazados buscándole para aprehenderlo ó matarlo, no quiso entrar, comunicándose con ellas por medio de embajadores; y habiendo contestado los señores de todas las provincias estar prontos á marchar con sus fuerzas, los señores de Tlaxcallan, le mandaron preparar un decente alojamiento en un bosque cercano á la ciudad, para que mientras se combinaba la marcha, estuviera con toda comodidad como convenia á su elevada catego-

2 Clavijero tom. 1^o pag. 143 y 144.